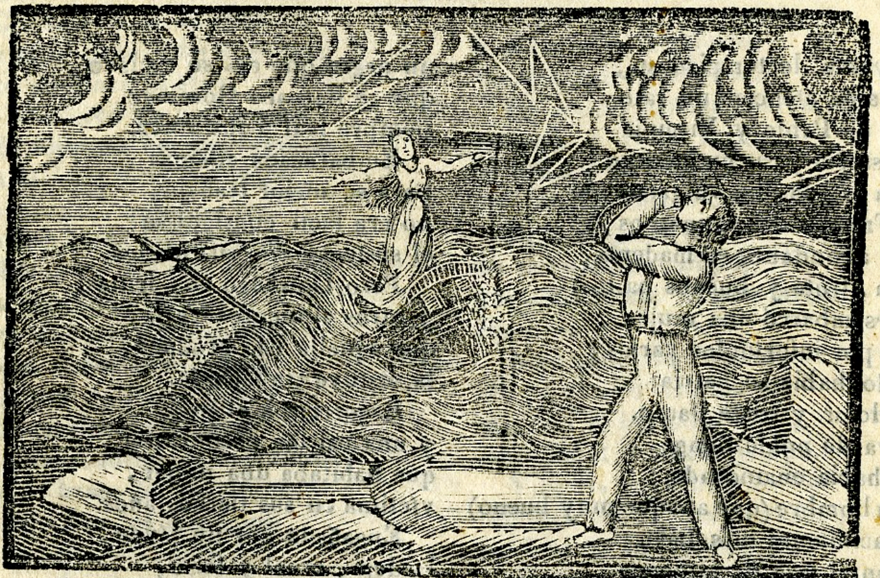
BREVE RELACION
DE LA TRAGICA HISTORIA
DE
PABLO Y VIRGINIA.



AL LECTOR.

La desgraciada muger que lejos de su patria queda huérfana y sin consuelo, se precipitára á la desesperacion, si la divina Providencia no la amparase, librándola de la muerte que es el término de las desgracias. Tal fué lo que sucedió á la madre de la desafortunada Virginia. Esta estaba encerrada en las entrañas de madama la Tour cuando se unió con la madre de Pablo, y ambos formaron una sola familia, y se establecieron en un ameno valle en la isla de Francia, en el cual nació Virginia. Vivieron en medio de la paz y de la mas estrecha union, amándose mútuamente Pablo y Virginia hasta que una carta de la tia de madama la Tour, que la entregó el Gobernador de la isla, puso fin, á la tan enlazada union. Se separaron, por fin, y al cabo de dos años á su regreso en la isla naufragaron, en el cual pereció Virginia para desconsuelo de Pablo, quien al cabo de dos meses acabó sus tristes dias.

Esta isla se halla en el Occeano de las Indias Orientales, á 40 leguas de la isla Borbon, en el paralelo de 20º 15 minutos S., es de figura ovalada, tiene muchos montes que producen buenas y abundantes maderas, y particularmente el èbano, y se coge azúcar y especeria; contiene sobre unos 40 mil habitantes, á pesar que en el año de 1817 un fuerte huracan derribó muchísimas casas, de cuyas resultas quedó muy arruinada.

Barcelona: Imprenta de Estivill, calle de la Boria.

HISTORIA

DE

PABLO Y VIRGINIA.

Oyeme, lector piadoso,
préstame atencion un rato,
oiràs de Pablo y Vìrginia
la historia y su fin amargo.
En la isla que vulgarmente
de Francia denominamos,
muy abundante en maderas,
pesca, fruta y buenos pastos;
Desembarcó una mujer
que, por infortunios varios,
dejado habia su patria
con dolor y triste llanto.
Era de noble linage
y se habia enamorado
de un hombre (que aunque muy bueno)
de nacimiento mas bajo.
Con el lazo de himeneo
su amor constante afirmaron,
pero los parientes de ella
tal enlace reprobaron.
Despues de varios desaires
hechos por hombres ingratos,
dejar resuelven la Francia
y á dicha Isla llegaron.
Y como los infortunios
siempre van acompañados,
Monsieur la Tour, su marido,
empezó à sentirse malo.
Murió á poco y la infeliz
sin consuelo y sin amparo,
en tierra desconocida
proferia amargo llanto.
Solo se quedó con ella
un negro que era su esclavo,
que se llamaba Domingo
siempre leal á sus amos.
Embarazada ademas
para su mejor trabajo,
no era facil consiguiese
el sustento con sus manos.
Pero Domingo con frutas,
y otros alimentos varios
que aquella isla produce,
la sostuvo trabajando.
Recorrieron el pais,
y una cabaña encontraron
que habitaba una mujer,
víctima en sus tiernos años.
Engañada por un jóven,
la dejó, cruel y falso,
y asi estaba retirada
la sociedad despreciando.
Daba de mamar á un niño
que apenas tendria un año,
tan gracioso que encantaba
solamente de mirarlo.
Tenia en su compañia
una negra y con cuydado
una á otra se aliviaban
en sus cuitas y trabajos.
La madre de dicho niño
á quien dió el nombre de Pablo,
se llamaba Margarita,
de dócil y afable tráto.
Con madama de la Tour
sus penas comunicaron,

y se hicieron muy amigas
refiriendo sus quebrantos.
En aquel ameno valle,
de altas cumbres rodeado,
prefijaron su morada
la Tour y su humilde esclavo.
Construyeron su cabaña,
que muy pronto terminaron,
y en adelante su afan
fué el cultivo de los campos.
Se hicieron las dos familias
con la frecuencia del trato
tan amigas, que una sola
muchas veces las juzgaron.
Madama la Tour dió á luz
una niña que llamaron
Virginia, cuya hermosura
dejó á todos admirados.
A par de Pablo crecía
entre caricias y alagos
de unas madres las mas tiernas
que de besos les colmaron.
Para los dos una cuna
solamente fabricaron,
y cuando el uno lloraba
el otro hacía otro tanto.
Desde su mas tierna infancia,
juntitos y acompañados,
se prodigaban mil besos,
se daban finos abrazos.
En sus inocentes juegos
jamàs esperimentaron
mas que una voluntad sola,
sin riñas, ni otros quebrantos.
Comunmente su voz era
llamarse uno á otro hermano,
y era una delicia el verlos
continuamente hermanados.
Cuando el niño tuvo edad
para empuñar el arado
manifestó cuan adicto
seria siempre al trabajo.
Acompañaba á Domingo
sin servirle de embarazo
ni los frios del invierno,
ni el gran calor del verano.
Con el sudor de su frente
hizo producir los campos,
y si antes eran agrestes
ya se miran cultivados.
De arroz, patatas, naranjas,
granadas y frutos varios,
se veían á su tiempo
los grandes cestos colmados.
Para Virginia labró
un pedacito de campo,
que aunque era brusco jardin,
enamoraba el mirarlo.
Aqui plantaba rosales,
allí en el alto tacemáco,
mas acá el hermoso aloe,
mas allá el frondoso jampo.
Virginia cuya instruccion
tambien creció con sus años,
cuidaba de los quehaceres
de la choza y de su ornato.
Manejaba bien la aguja,
lavaba lo necesario,
ayudada de Maria,
la esclava que ya indicamos.
Concluidas las labores,
cuando el sol está en su ocaso,
se unian las dos familias
á disfrutar del descanso.
En algun ameno soto
que hermosea el verde prado,
se sentaban y gozaban
los mas deliciosos ratos.
Lejos de la negra envidia,
del grande mundo apartados,
todo era sinceridad,
y placer sin sobresalto.

Col. Co

Y cuando la noche oscura
tendía el lúgubre manto,
en sus humildes cabañas
al sosiego eran llamados.
Una mañana á Virginia
el almuerzo preparando,
se le presentó una negra
toda cubierta de andrajos.
Piedad, jóven inocente,
dijo la mujer llorando,
socorred á una infeliz
à quien el hambre ha asaltado.
Virginia, que un corazon
poseía el mas humano,
le dió su almuerzo, y le dijo
¿quien causaba sus quebrantos?
Contestóle la muger,
que era el haberse escapado
de un amo el mas riguroso,
mas cruel y mas tirano.
Enseñó de cicatrices,
el cuerpo toda sembrado,
y añadió la mataría
si la encontraba su amo.
Virginia que la ternura
poseia en alto grado;
le prometió acompañarla,
è interceder ella y Pablo.
En efecto, en el momento
los tres al sitio marcharon,
y la negra los guiaba,
ya subiendo ya bajando.
Atraviesan altas cumbres,
trepan espaciososos llanos,
pasan por espesos bosques,
saltan profundos barrancos.
Llegan al fin donde estaba
de aquella mujer el amo,
y Virginia de rodillas
le suplica el desagravio.
Al ver su figura hermosa,
su rostro bañado en llanto,
y al ver sus rubios cabellos
se quedó el hombre parado,
Yo le concedo el perdon;
contestó, pues ha encontrado
un ángel por mediador
que ha desarmado mi brazo.
Satisfechos de tal triunfo
los jóvenes se marcharon,
y en un valle el mas ameno
tomaron algun descanso.
De una cristalina fuente
su ardiente sed apagaron,
y el fruto de una palmera
fue su manjar y regalo.
Trataron de regresar
á sus chozas, calculando,
que à sus madres tal tardanza
tendria en mucho cuidado.
Empiezan á subir montes
y á pasar muchos collados,
sin encontrar ni señal
de las sendas que pasaron.
¡Ay de mi! estamos perdidos!
(con dolor esclamó Pablo)
y nuestras madres no saben
con que fin nos alejámos.
Cual será su pesadumbre
al ver el Sol en su ocaso,
y notar que no parecen
sus dos hijos tan amados.
Asi estaban pesarosos,
cuando por entre peñascos
oyeron ladrar un perro
y les dió un sobresalto.
Era leal, un mastin
que á sus cabañas criaron
que acompañaba á Domingo
guiado por el olfato.
¡Oh! cuanta fue su alegria
al ver su negro criado,

y este no la tuvo menos
porque al fin pudo encontrarlos.
Trataron de marchar luego,
mas se esforzaron en vano
porque Virginia tenia
ambos pies muy lastimados.
Unos colonos que cerca
sus bondades observaron,
compusieron unas andas
y en sus hombros los llevaron.
Así entre canticos mil,
sus virtudes alabando,
á sus pacíficas chozas
los colonos les dejaron.
Y allì sus madres ansiosas
recibieron con los brazos,
reprehendiendo con dulzura
la pena que les causaron.
Dieron bien de refrescar
á los colonos nombrados,
y se marcharon alegres
por el bien que ejecutaron.
En lo demas de su vida,
siempre el principal cuydado
de Virginia fue asistir
á todos los desgraciados.
Si sabia un infeliz
procuraba remediarlo,
y á la enfermas curaba,
con solìcito cuidado.
Los hermosos pajarillos
muchas veces á su lado,
revoloteaban porque
les daba copiosos granos.
De toda la isla era
un objeto el mas amado
pero sobre todo de
su fiel compañero Pablo.
¡Que dichas se prometia
este jóven agraciado
cuando de su fiel Virginia
pudiese lograr la mano!
Esta esperaranza tan solo
daba vigor à sus brazos,
procurando serla útil
con el sudor y trabajo.
Así felizmente estaban
sus dichas solo contando,
cuando el buen gobernador
de la isla divisaron
Salieron á recibirle
y este muy cortés y ufano
les dijo: una comision,
señores, es la que traigo.
Les manifestó una carta
con urbanidad y agrado,
que á madama de la Tour
debió dar en propias manos.
Se la mandaba una tia
que en Francia habia dejado,
muger noble y poderosa,
aunque ya de algunos años.
Consistia el contenido
en referir que olvidados
quedaban sus estravios,
y que volviese á su lado.
Que ella entraba en edad,
y que sus bienes dejarlos
pensaba á las dos parientas
que el Cielo le habia dado.
Que si la Tour no podia
embarcarse, en todo caso,
que le enviase á Virginia
porque la estaba deseando.
El gobernador les dió
con su natural agrado,
un bolsillo lleno de oro
que muy sumisas tomaron.
La Tour estaba en efecto
algo enferma, calcularon
que el embarcarse seria
perjudicial á sus años.

Que fuese Virginia sola
á la fin determinaron,
bien que la tal resolucion
costó à todos muchos llantos.
El que estaba inconsolable
era el infelice Pablo,
pues en un solo momento
tantas dichas terminaron.
En vano mil reflecciones
las madres le prodigaron,
diciendo: hijo, la fortuna,
es muy justo que sigamos.
Todo fué inútil para él
confuso y desesperado
decia: pierdo à Virginia,
el bien que mas idolatro.
¿Y tu me dejas, ingrata?
¡duélete de mis quebrantos!
acuérdate que ni un dia,
Virginia, nos separamos.
Vas á pasar esos mares,
vas á esponerte á un nautragio,
dejando á mi corazon
un mar de continuo llanto.
Deja que los ambiciosos,
se afanen ciegos y vanos
en amontonar riquezas
que han de abandonar al cabo.
Aqui no tenemos oro,
pero si lo necesario
para pasar esta vida
tranquila y sin sobresaltos.
Mejor en estas cabañas
sin la intriga del malvado;
pasarás, Virginia mia,
que en los suntuosos palacios.
Allì ficcion y envidia
hallarás á cada paso,
y aqui la sinceridad,
obsequios puros y francos,
No me dejes, alma mia,
mas te convienen mis brazos
que ridículos obsequios
de orgullosos cortesanos.
Virginia escuchaba atenta,
y á su amante desgraciado
solamente contestaba
mudamente suspirando.
Ah! bien conozco, decia
el jóven atribulado
que tu tierno corazon
como el mio está penando.
Tu madre es la que te obliga
á tan imprudente paso,
quiera Dios no se arrepienta
y algun dia llore en vano.
Con mil pretestos al jóven
de su amada separaron
y la embarcaron de noche
que soplaba un viento blando.
Al amanecer se fuè
él á ver su dueño amado,
pero cual fue su dolor
al oir ya se ha marchado!
Desde una peña muy alta
fijó sus ojos al barco
que con viento favorable
iba las olas surcando.
Allá va mi alma, decia,
allá va mi objeto amado...
¡ay! ya no la verè mas,
mis dichas se terminaron.
Hasta perderla de vista
de la cumbre no ha bajado,
y sin verle un dia alegre
mas de dos años pasaron.
Miró un dia la atalaya
y vió bandera anunciando
embarcacion en el mar,
y se fue al puerto volando.
Halló el práctico y le dijo
que el navìo san Gerando,

era el que entraria presto,
segun le habia anunciado.
Una carta le entregó
de Virginia, el cual volando
á madama de la Tour,
fué á presentársela Pablo.
En dicha carta decia,
que por el genio y mal trato
de su tia, regresaba
porque no pudo aguantarla.
Cual fue la grata sorpresa
y el contento del muchacho,
al puerto corre otra vez
á esperar su bien amado.
Mas, ya la fuerte marea
tenia en zozobra el barco,
y el Cielo de pardas nubes
pareció se iba enlutando.
El estallido tremendo
de los serpentinos rayos,
pareció que anunciaba
horrores, muertes y estragos.
Cubierto ya el horizonte
volvió en noche el dia claro,
y entre las terribles olas
se vió el navío fluctuando.
Socorro pide en su apuro
por medio de cañonazos,
y á la playa se dirijen
los soldados y paisanos.
Dicta sábias providencias
el Gobernador volando,
y mandan llevar barriles
cuerdas y aparejos varios.
Crece la fuerte tormenta,
se enfurece el mar bramando
el viento su furia dobla,
se multiplican los rayos.
Se oye un uracan terrible
pierde los cables el barco,
y contra las duras rocas,
de repente fue estrellado.
¡Cuantos ayes y lamentos
vertian los desgraciados!
y algunos mas valerosos
prueban de salvarse á nado.
Juzga tú, lector piadoso,
como estará el pobre Pablo
viendo en tal riesgo la vida
por quien está suspirando.
Contra las furiosas olas
se arroja desesperado,
pero aquestas le rechazan,
y salvarla intenta en vano.
A la tímida Virginia
se ve en la popa del barco
que parecia decir,
mi triste fin ha llegado.
Tiene los cabellos sueltos,
la cubre un vestido blanco,
los ojos fijos al Cielo,
que le invocaba en su amparo.
En esta actitud un monte
de agua que se va encumbrando,
sobre ella se precipita
y sus dias terminaron.
A poco las mismas aguas
á la playa la arrojaron,
y sobre el cadáver frio
vierte Pablo un llanto amargo.
A los dos meses murió
este jóven desgraciado
y asi de Pablo y Virginia
se apresuró el fin infausto.

FIN.

CANCION LAMENTABLE
DE
PABLO Y VIRGINIA.

¡Triste Pablo fatal el destino
Sobre tí su rigor ha lanzado!
Duros rayos furioso ha vibrado
Huracan despiadado y cruel.
¿Donde estás inocente Virginia
Dulce imán de mi pecho amoroso?
Sin tí Pablo no es ya venturoso,
Cual tampoco lo fueras sin él.

Mar insano, que víctimas tantas
En tu seno mil veces hundistes,
Igualmente esta víctima triste
Deberias ahora tragar:
¿De que sirve una vida abrumada
De quebranto, dolor y pesares?
¡Ay! mejor fuera hundir en los mares
Un tormento que no ha de acabar.

¡Ay! ¡Virginia tu fuiste á la Europa
Por querer de parientes injustos:
¿Que faltaba en la isla á tus gustos,
Reunida de Pablo al amor?
Intereses tu ida dictaron;
Tu regreso ya Pablo veia,
Pero mano cruel, mano impìa
Disparaba su furia y rigor.

¡Ay! yo vi junto al puerto fluctuando
Nave endeble, batida del viento!
¡Ay! yo vi embrabecido elemento
Vela y mástil con rabia embestir:
¡Ay!; ye ví cual las tablas crugian,
De las olas al bárbaro embate;
Sosteniendo asombroso combate,
Que no pudo por fin resistir.

¡Ay!; yo vi á mi querida asomando
Con los brazos alzados al Cielo,
Que imploraba en su cruel desconsuelo
La benigna anhelada piedad!
No fué oida su voz candorosa,
Pudo mas el rigor del destino
Y el amparo celeste divino
Sordo ha sido à tan cándida edad.

Tragó el mar á mi prenda adorada
Desaparece á mi vista la nave,
Todo se hunde y; que no me acabe
El furioso cruel frenesí!
¡Ay! Virginia! las olas sumieron
Ese cuerpo de amor delicado!
Mas el alma á los cielos se ha alzado,
Y piadosa me miras de allí.

Ay! pues quedo en fatal desamparo
Pide á Dios que mis dias termine;
Y tu alma la mia avecine
Porque unidos le amemos sin par.
Ay!, que fuera en el mundo insensato
Sin Virginia su amante angustioso!
¡Donde hallará descanso, ó reposo
Quien tan solo vivió para amar!

Muerte, muerte! tu sola piadosa
Puedes dar dulce fin á mi llanto:
Cuando llega á tal punto el quebranto,
Verdadera delicia es morir.
Ven pues pronta á mi voz corre vuela
Y á Virginia me une al instnte;
Y fallezca por fin como amante,
El que asi supo solo vivir.